

Declaración de buenas intenciones

Cuando terminó de encender la última vela, Sebas miró a su alrededor: cada superficie de la sala estaba cubierta de pequeñas lucecitas que le daban un aire bastante romántico a la estancia. A Álvaro seguro que le iba a gustar.

Se había asegurado de que la cita fuese perfecta, y no solo por la iluminación: en la mesa había una botella de vino tinto, de elegante etiqueta, ganador de varios premios y marca recomendada por su madre, entusiasta y consumidora habitual; dos grandes copas de cristal fino, perfectamente limpias y abrillantadas; una caja turquesa aterciopelada, que guardaba en su interior un cordón de oro trenzado, dieciocho quilates, más de la mitad de su sueldo, y un ramo de catorce hermosas rosas blancas, las favoritas de Álvaro, una por cada mes que llevaban juntos.

Echó un último vistazo a la habitación cuando sonó el timbre y, satisfecho, sonrió mientras abría la puerta. Iba a ser una noche inolvidable.

—Sebas, cariño, tenemos que hablar. —La voz de Álvaro se superpuso a la de Sebas y este calló de pronto. Desde que su chico había llegado, más serio y silencioso de lo habitual, había sido él mismo quien se había encargado de que la noche (y la conversación) fluyera. O, al menos, lo intentaba. Tenía que ser una cita perfecta para que Álvaro le perdonase el mal humor que, de vez en cuando, lo intoxicaba. Porque así lo veía Sebas: la rabia empezaba de la manera más tonta y, poco a poco, se le iba extendiendo por todo el cuerpo, despacio, sin apenas darse cuenta, hasta asfixiarlo. Y, casi siempre, estallaba. Álvaro detestaba esas explosiones de furia, pero Sebas estaba dispuesto a controlarlas; podía cambiar.

Esta noche perfecta, los cientos de velas, la cena recién hecha, la música suave, el collar carísimo, el vino, eran muestras de ello: una declaración de sus buenas intenciones.

—¿Hablar? Llevamos un buen rato haciéndolo... —Sebas sonó nervioso, algo irritado, y se odió por ello; su ceño fruncido acompañaba esa indignación. Porque, a ver, Sebas no era tonto. Vale que nunca le había ocurrido nada parecido, pero había leído muchos libros y visto muchas series y películas, y la frase «tenemos que hablar» no auguraba nunca nada bueno.

Empezaron a hormiguarle las manos, así que dio un largo sorbo de vino.

—Ya, pero... quiero hablar *en serio* de nosotros. —Álvaro no lo miraba a los ojos, así que Sebas hacía todo lo contrario y no despegaba la vista de su rostro. Sentía el hormigueo recorrerle las extremidades: primero, manos; luego, brazos, después, torso. Cuando Álvaro volvió a hablar, las hormigas habían llegado al estómago y se habían mezclado con el vino tinto de veinticinco euros—. Sabes que no estamos bien, no llevamos bien mucho tiempo, y quizá... no sé, quizá estamos alargando lo inevitable, ¿no? ¿No sería mejor acabarlo ahora antes de hacernos más daño?

Sebas frunció aún más el ceño y durante un par de segundos le costó reconocer en Álvaro al Álvaro de catorce meses atrás cuando se conocieron en aquel curso de fotografía. Habían sido los mejores meses de su vida y, vale, sí, aunque tenían sus problemillas, como todo hijo de vecino, Álvaro no podía echar por tierra lo que habían construido juntos en ese tiempo. ¡Que le había preparado una cita perfecta, joder! ¡Llevaba toda la semana organizándola! ¡Se había dejado un pastón en los preparativos, en los regalos! Y ahora... ahora venía él y quería estropearlo todo. No era justo, para nada.

—¿Quieres que cortemos? —preguntó Sebas, incrédulo. Y trató de mantener la calma, de verdad que lo intentó. Pero ese hormigueo, esa intoxicación, ya le bajaba por las piernas y le subía hasta la nariz. Y seguía subiendo en dirección a la cabeza. Arriba, arriba, arriba—.

¿Quieres... quieres dejarme? —Le tembló la voz al volver a hablar, pero no de confusión o angustia, sino de pura frustración, rabia, humillación.

—Quiero que sea una decisión de los dos —respondió Álvaro con firmeza. Ahora sí lo miraba a los ojos, ahora sí, pero se había echado hacia atrás en el sofá para guardar las distancias. ¿Se alejaba de él? ¿Aún *más*?—. No estamos bien juntos, y lo sabes, Sebas. No lo hagas más difícil.

Sebas notó el ya conocido hormigueo llegar a su cabeza, esa intoxicación que le nublaba la vista durante unos segundos. Esa furia de color rojo sangre que lo inundaba todo. Cerró los ojos fuerte; «cálmate», se dijo machaconamente, y cuando los volvió a abrir momentos después, sabía lo que tenía que hacer.

—Tienes razón —admitió, insuflando a su voz todo el autocontrol del que se vio capaz. Trató de relajar el gesto, de mantener la calma, de ser tan civilizado como lo estaba siendo Álvaro. Él también podía ser así, él *era* así—. Los dos hemos hecho lo que hemos podido para arreglarlo, ¿verdad? Nos hemos esforzado, ¿a que sí? Pero no funciona, tienes razón. Siempre la tienes.

El propio Álvaro se mostró aliviado y, sobre todo, sorprendido. Y esa sorpresa irritó aún más a Sebas. ¿Qué creía su chico, que era un animal que no podía comportarse? Saboreó el triunfo por esa calma que de repente lo invadía mientras observaba a Álvaro, sentado a su lado en el sofá. Dio otro trago de vino y, cuando dejó la copa sobre la mesa, cogió la caja de terciopelo y sacó el cordón de oro de su interior.

—¿Me dejas, al menos, que te regale esto? Ya está comprado y me gustaría que lo tuvieses. No voy a quedármelo yo, Álvaro, sería demasiado humillante. —Sebas tiñó su voz de cierta distensión, como si todo aquello fuese una pequeña broma y no, bueno, una puñetera ruptura que le destrozaba la vida.

Álvaro dudó un momento, Sebas le vio abrir y cerrar la boca un par de veces sin llegar a decir nada. Pero, por fin, después de esos ridículos titubeos, se giró hasta quedar de espaldas y, así, darle acceso para colocarle el collar.

A lo largo del tiempo, una de sus bromas recurrentes fue lo opuestos que eran físicamente: Sebas grande, fuerte, músculos machacados en el gimnasio; Álvaro delgado, larguirucho, como esos adolescentes que pegan el estirón y parecen descompensados. Sebas siempre fue el encargado de las tareas que requerían fuerza, como abrir un frasco de comida de esos que a veces parecen resistirse, cargar con las bolsas de la compra más pesadas o llevarle a la cama cuando se quedaba dormido en el sofá viendo una película.

Por eso, la tarea de ahora fue sencilla.

Rodeó el cuello de Álvaro con la cadena dorada y se fijó, durante unos segundos, en la tranquilidad del chico, en esa espera confiada hasta tener el collar abrochado. Pero Sebas no llegó a cerrarlo; con un extremo cogido en cada mano, tiró hacia él sin más ceremonias y, aunque no podía ver la cara de Álvaro, sí pudo intuir ese primer instante de estupor. Después llegaron los manotazos, los intentos por respirar, las patadas en el aire. Pero Sebas jugaba con ventaja: no solo contaba con mucha más fuerza, sino también con una mejor posición, el factor sorpresa y, sobre todo, ese hormigueo que ya no lo cegaba pero sí lo empujaba a seguir. A apretar más fuerte el cuello con el cordón.

Apretar, apretar, apretar.

Cuando Álvaro dejó de moverse y se desplomó en el sofá, el hormigueo cesó.